

dículo, y mostraba, sin desearlo y sin saberlo, su incontrastable superioridad sobre aquel á quien debía su posición y su nombre. En el momento de llegar á la Monarquía los girondinos, todo lo hubiese podido salvar una inteligencia de éstos con los constitucionales; y en el momento de llegar á la República, todo lo hubiera podido salvar una inteligencia con los dantonianos. ¿Cómo no pudo ser ni una ni otra inteligencia? Los hechos dirán cuánta parte máxima tuvieron en ello las neurosis y las nerviosidades múltiples de madame Rolland.

Así la Gironda, en vez de abrazar causas progresivas, pero limitadas al horizonte sensible de su tiempo, abrazó la revolución en su política interior, la guerra en su política exterior. Contribuyó á esto no poco, sumado con la exaltación y entusiasmo de madame Rolland, el vago cosmopolitismo de Brissot, encariñado con la República para Francia, y encariñadísimo con la República universal. Parece imposible que siendo tan maestro en el apostolado de las ideas avanzadas, fuera tan maestro en el manejo de las intrigas y de las maniobras cortesanas. Pues una intrigante y vidente, aparece de una gran pureza en el gobierno y en el Estado, como de una gran corrupción en las gestiones de los intereses particulares y los recursos domésticos. Así, tras la maldita fuga de los Reyes á Varennes, él proclamó en alta voz la República; y apenas llegados los girondinos al Congreso, condújolos él como de la mano al gobierno. Por esta doble condición y creencia compartía, en su destreza y en su perfidia, unido con su dogmatismo y con su fe viva, el sentimiento de madame Rolland sobre la Razón de Estado y la pública salud, sentimientos más apreciables por su patriotismo que por su moralidad. La impaciente y el intrigante á la cabeza del partido con los más humanitarios propósitos y las más luminosas ideas habían de conducirlo por modo indelectible á los mayores abismos. Y sin embargo, al borde oscuro de tales abismos, aún tenían un freno. Este freno se hallaba en la mano hábil y experta del abate Sieyes. Habiendo dado este político á la revolución primera su fórmula, iba un poco descaminado en los comienzos de la revolución segunda. Ya no pronunciaba discursos, ni escribía folletos; se ocultaba y se callaba como muerto para evadirse al odio de los vivos. Pero, como le fuese imposible vivir sin gobernar algo y alguien, se constituyó en la providencia secreta y en el callado consejero áulico de madame Rolland y de monsieur Brissot, exigiendo la obediencia, y excusándose de responsabilidad. Mas cualquier consejo suyo, formulado con su método casi algebraico de fórmulas, tomaba en seguida carácter de mandato. Y á Sieyes se le ocurrió, moderando las impacencias de madame Rolland y esclareciendo el vago cosmopolitismo de monsieur Brissot el pérfido expediente de maquiavélica política, moviéndose al arrío de la bandera republicana, para que pudieran por él subir los girondinos sin género alguno de impedimento las escaleras del gobierno, y en el gobierno servir á sus anchas la República. Tal vez de Sieyes partió el impulso que impelió los girondinos desde las honduras de una opo-

sición sistemática, pero ideal casi, á las cumbres altísimas y peligrosas del gobierno. Como para ir á la guerra sirviéronse mucho del elemento emigrado los girondinos; para ir al gobierno sirviéronse mucho del elemento religioso, pues con los emigrados y los curas arremetieron á la corte y le impusieron su dominio. A favor de la guerra encontraron pronto un auxiliar poderoso. Este auxiliar fué Lafayette. Aunque desde la matanza del Campo de Marte muy disminuído, y á la fracción liberal de los constitucionales muy sospechoso por sus desacuerdos con Lameth, y á los girondinos poco acepto por no creerlo republicano, y abominable para la Monarquía y la corte al par que para Robespierre y los jacobinos, aun pesaba Lafayette mucho en el sentimiento público. Sobre todo los favorecidos en sus opiniones por la opinión del general, todavía le daban precio á éste, siquier se le quitasen cuando les era contraria. Como Lafayette quería entonces aumentar el ejército, le apoyaron á una constitucionales y girondinos; los segundos porque le creían capaz de vencer al irruptor extranjero; los primeros porque le creían capaz de domar la rebelión interior. Por sugerencias de unos y otros fué nombrado, como tantas veces hemos dicho, ministro de las armas Narbonne, favorito de madame Staël, á quien la corte no podía mirar de mal ojo por su sangre nobiliaria; mientras los constitucionales y los girondinos á una le creían último asidero de la Monarquía y los girondinos además útil instrumento para la guerra. Así exaltado el gobierno, como pidiera créditos extraordinarios para el armamento nacional, todos los mantuvo y todos los votó la Gironda. Pero este voto de sus afines indignó á Robespierre. Enemigo de la guerra desde que tal idea estalló por temor á una rehabilitación del Rey en la victoria, mirábala, fanático de suyo, al aparecer Narbonne, como una maniobra monárquica bien dispuesta por la corte para imponerse al pueblo. En el creer y sentir suyos no podía pelear la revolución francesa con los déspotas extranjeros bajo la dirección y el mando de quienes amaban, como Narbonne, al déspota interior. El jefe de los jacobinos temía una traición del Rey á la patria en medio de la guerra y el jefe de los girondinos la buscaba para destruir al Rey. Así éste, circuído por todas partes en sus Tullerías de asechanzas, oliéndose la guerra, oponíase por medio de su ministro Molleville á los planes de Lafayette y de Narbonne. En las inteligencias de estos dos, el primero aconsejó al segundo, en vista de la oposición cortesana, exigiese del Monarca la destitución de quien dirigía y personificaba esta oposición de Molleville. Exigióla Narbonne del Rey; pero, al presentarse con tal exigencia en la regia cámara, el Rey le dijo cómo le había despedido á él, y nombrado en su lugar para el departamento de las armas al coronel Desgraves. Cuando Narbonne, maltrecho y confuso le dijo á Lafayette lo acaecido con el Rey, que acababa de despedirlo, exclamó el general: «Ya veremos quién de los dos, el Rey ó yo, tendrá en Francia mayoría.»

Bajo esta intensa neurosis, como la totalidad de los reaccionarios, únicamente pensaba en aquello que haría contra el poder legislativo de la Constitución, solamente pensaba la



totalidad de los revolucionarios en aquello que harían contra el poder ejecutivo de la Constitución. La rivalidad estaba ya establecida y el combate ó porfía empeñado entre los últimos, compitiendo girondinos y jacobinos sobre punto y tema tan lleno de obstáculos y de dificultades, como los enfrenamientos del poder monárquico, quien aspiraba siempre á su absolutismo y siempre menospreciaba las limitaciones constitucionales. Nada en el mundo existe de complicación y engranaje tan complicados, cual una constitución parlamentaria y monárquica, mucho más no estando bien aplicada y teniendo fecha reciente, que impide su prueba en el toque de una sabia experiencia; y así, tanto jacobinos como girondinos apostaban á cuáles aparecían más revolucionarios, y por lo mismo, refrenarían de manera más eficaz y segura el poder monárquico. Y de aquí, para ganar unos á otros el premio de la diligencia, sospechas mutuas entre ambos, y acusaciones insidiosas, parecidas á las dificultades y obstáculos puestos entre los competidores en las competencias espirituales y materiales, para que no llegue, antes el contrario al término de su carrera, y toque la meta de su deseo. Revelar, como Narbonne, lejos de ser acepto á la Corte y sus Monarcas. érales odioso; poner en acusación, y hasta llevar al palo un Ministro de Luis XVI, parciales á los girondinos maniobra excelente para mostrar ante la muchedumbre revolucionaria su enemistad con la Monarquía y su celo por la revolución. Delassart se decía ó llamaba el Ministro preferido en aquel momento por la Corona, y encargado tanto de personificar en el gobierno como de defender en el Parlamento la política real. Pues á Delassart se le atribuyó entonces la desgracia de Narbonne, y con Delassart arremetieron los girondinos. Acusáronle de retener medidas salvadoras, sin haberles dado curso y eficacia, paralizando los dos poderes, ejecutivo con legislativo, y de urdir inteligencias maquiavélicas con los reyes extranjeros, perdiendo así la patria en traiciones infames. Inútilmente decían los políticos menos cegados por el combate, cómo no había necesidad alguna de promover un escándalo tan grave, pues bastaba cualquier sencillo voto de censura para derrocar un Ministro de la Corte. Inútilmente añadían que, aun decidida la triste acusación, habrían de faltar pruebas justificativas para una subsiguiente condena. Los muñidores girondinos querían la terrible acusación de un Ministro para demostrar al pueblo que, si la salvación pública lo imponía, estaban resueltos á la terrible acusación de Monarca y aun á su condena. El poder de todos modos les tocaba en suerte. Si el Rey cedía, llamariales el código fundamental; si no cedía el Rey, llamariales la revolución armada. De todas maneras venía la República: si los llamaban, venía de arriba; y si no los llamaban, venía de abajo. El Rey, dado su carácter y su temperamento de mártir, creía, en su cansancio, haber luchado bastante, y se daba por muerto. Que fuese quien quisiera ir al gobierno; que tomase las resoluciones más temerarias, no le importaba: tenía tal seguridad de su destronamiento inmediato como de su muerte violentísima, que ya deseaba caer y morir. Le constituyeron los constitucionales una guardia personal, compuesta de gente fiel á la Monarquía, y esta

guardia le propuso dar en su pro un golpe de Estado, y entrarse de rondón en el Cuerpo Legislativo, disolviéndolo á culatazos. El Rey resistió tal temeridad y se acomodó al fatalismo imperante sobre su persona siempre. En vano Hervyi, ó sea, el coronel de sus guardas, porfió; Luis XVI contestaba que no sabía oponerse á la voluntad manifiesta de Dios. Con efecto, el último asidero suyo, en el estado á que llegaran las cosas, era el partido de Narbone. ¿Por qué no haberle conservado? Derribaba un Ministerio, inspirado por Musa monárquica, como Madame Staël, para tomar un Ministerio protegido por Musa republicana, como Madame Rolland; derribaba un Ministerio protegido por Lafayette, constitucional cosmopolita, para nombrar un Ministerio inspirado por Brissot, republicano cosmopolita; derrivaba un Ministerio devoto á la Constitución para nombrar un Ministerio entregado al demonio de las revoluciones. El mismo acceso fácil al poder y la misma falta de resistencia en el Rey perdieron á los girondinos, empeñados en que la sociedad se modelaría fácilmente á su capricho como se modelara la Corona. Encontrar la victoria sin combate ¡cuál desgracia en política! Si no quisieran crear de la nada como el Dios de la Biblia; se librarán al tiempo creador la obra suya y no al acaso fortuito; si conservaran lo adquirido sin arriesgarlo en vanas empresas; si, para durar y perdurar, se valiesen de resistencias que apoyan y tardanzas que robustecen, seguramente no hubieran ido al fondo del abismo, como suicidas, por forzar un progreso de términos en serie é ir al objeto de la gobernación pública sin pensar en las distancias que hay entre dos apartados puntos, así en el tiempo como en el espacio, así en la Naturaleza como en la Sociedad. Cuánto más fácil señalar la meta y medir la carrera que no arrear con todo á riesgo y ventura, sin presentir el resultado consiguiente á una impaciencia loca y la suerte de cualquier flor ó frutos muy tempranos, y por tempranos, de difícil y peligrosa madurez. El primero que se sintió herido por la fortuna de émulos fué Robespierre, en consecuencia el primero que insinuó contra los vencedores las sospechas terribles, azuzadas serpientes, cuyos anillos habían de apretar el cuerpo de sus contrarios, y cuyos áspides infundir ponzoñoso virus en sus venas. Contra este despecho del oráculo jacobino y contra sus calumniosas sospechas expidieron los girondinos un orador eximio de autoridad poderosa. Era éste Guadet, en quien todos reconocían al segundo de Vergniaud. Y aun teniendo la categoría segunda, por carecer del mérito proclamando en el primero de su inspiración inagotable, y de su forma perfectísima, excedía mucho en el rigor lógico, en el ojo certero, en el carácter práctico de sus arengas, en el ataque á sus enemigos, en la destreza parlamentaria, en las cualidades múltiples de segunda clase, que hacen del que las posee, si no un grande orador en todas partes, un primer orador en el parlamento. La palabra de Vergniaud ostentaba el vuelo y el pío de las adondras; pero la palabra de Guadet poseía el instinto del combate connatural á los milanos, y precipitaba con furor sobre sus presas. Así pudo exentarse tanto de la sensibilidad nerviosa que agitó á su generación, como de